



Juan Clemente Gómez

Cuatro palabras

A mis padres...
A Emilia, mi mujer...
A mis hijas Eva, Laura y Ana...
Elche... Cuenca... pinos... palmeras...

Era una lluvia perezosa, y lejana ya en el tiempo, que jugaba a meterse en los bolsillos de la gente. Ellos, los chicos, estaban juntos desde el día de la lluvia, cuando el gobernador inauguró las 1.500 viviendas. Al gobernador se le colaba la lluvia por el cuello de la camisa y leyó el discurso en un periquete. Las gentes no le hacían caso, se estaban mojando y querían la llave cuanto antes.

Ellos, los chicos, no tenían jefe, todos mandaban y no mandaba ninguno. Era difícil elegir. El gordo Chema estaba descartado, se fatigaba al correr y tenían que esperarle. Estaba en la banda porque su padre era guardia, sólo por eso.

Se reunían bajo la tapia grande del antiguo tejtar, lejos del barrio de las 1.500 viviendas, al que pronto le salieron grietas y dejó de ser tan bonito como prometieron los dueños de la cooperativa.

Chema se enfadaba cuando le llamaban gordo, pero nunca le había roto la cara a nadie.

El otoño comenzaba a dorar los chopos del gran río. Sobre la tapia, vigilando el horizonte, la figura solitaria de un gato se alzaba con majestuosa elegancia.

El día que el gobernador leyó el discurso, al bajar del estrado pisó una caca de perro y el padre de Chema sacó su pañuelo para limpiarle los zapatos. A los pocos días fue ascendido a guardia de honor y le concedieron una medalla.

Le llamaban el barrio de Las Malvinas porque estaba aislado del resto de la ciudad, rodeado por el gran río y al final del puente se hallaba la calle de la República Argentina.

Cuando llegaron a Las Malvinas, el gato ya vivía en la tapia grande, le dejaban en el suelo las sobras de la comida y cada vez estaba más gordo y lustroso. Ellos seguían sin tener un jefe, así que, una tarde apacible, mientras el gato se atusaba parsimoniosamente, los muchachos se alinearon a lo largo de la tapia, separados unos de otros, y guardaron unos segundos de silencio. Chema se colocó delante de todos e hinchando el pecho exclamó con voz potente:

-¡Uno!

Se bajaron la cremallera de la bragueta, silenciosos, serios, mirando hacia un punto indefinido...

-¡Dos!

Se sacaron la colilla, vigilándose mutuamente con el rabillo del ojo para que ninguno se adelantara... tenían una sola idea en la cabeza: superar la línea que Chema había marcado en el suelo. Había que lanzar el chorro lejos, muy lejos, mucho más lejos que el compañero.

-¡Y tres!

Cuatro chorros de humeante orina surgieron a un tiempo, arqueándose rítmicamente en el aire, sólo quien llegara más lejos sería el jefe. El gato maulló asustado por los repentinos surtidores que salían, relampagueando desde las profundidades de las braguetas.

-Corsino ha lanzado el chorro más lejos -dijo el gordo Chema-, por lo tanto, él será nuestro jefe.

-Es que yo no tenía ganas -replicó Berto.

-Ahora, Corsino... tienes que hablarnos como si fueras el gobernador -dijo Chema.

-Y tú limpiar la caca de perro, como tu padre -dijo Berto.

El gordo Chema era tan pacífico que aguantaba todo lo que le echaran encima... todo menos que se metieran con su padre...

-Ya te la has ganado Berto, Bertucho...

El gordo Chema podía aplastarle la nariz a cualquiera con sólo levantar la mano, pero Corsino, primer jefe de la banda, puso orden inmediatamente sujetando por el brazo a Chema, que ya se disponía a aplastar bajo su peso al quisquilloso Berto.

Corsino carraspeó varias veces, entornó los ojos y, tartamudeando por la emoción, pronunció atropelladamente un corto discurso. Los chicos le escucharon con atención, a fin de cuentas era su jefe y había lanzado el chorro más lejos que ninguno. La banda de Las Malvinas ya era legal.

Cuando le preguntaban su nombre, él respondía: «Corsino», se lo volvían a preguntar y le daba mucha rabia porque decían que era un nombre feo. Su abuelo también se llamaba Corsino y era descendiente de un tío de Napoleón

Bonaparte.

Estaba orgulloso de ser el jefe de la banda. No era necesario que lo supieran en casa, así evitaría problemas. Al regresar aquella noche se sentía tan importante como el gobernador de la ciudad... «¡Jo... Corsi!... ahora tú sí que mandas», le había dicho Quique Sánchez. Y un cosquilleo de gusto le acariciaba el estómago al recordar su discurso bajo la tapia grande del antiguo tejat.

Las casas de Las Malvinas no tenían tejados como las del resto de la ciudad. Los edificios estaban rematados por una azotea para tender la ropa de los vecinos, jugar al escondite entre las sábanas que olían a suavizante o contar los pares de braguitas que tendía doña Mónica. Corsino eligió la azotea de su casa para campo de operaciones. Les había dado instrucciones precisas: a las seis en el campanario de la iglesia; desde lo alto se divisaban todas las azoteas de Las Malvinas. Subir al campanario era fácil. La iglesia nueva siempre estaba abierta y la escalera que conducía al campanario no tenía puerta todavía. Lo más difícil era ocultar las escopetas de aire comprimido a los ojos de la gente...

-Tened cuidado, a ver si nos van a salir los tiros por la culata -les había dicho Corsino.

Doña Mónica era viuda y gruñona. Tenía tres hijas, como en los cuentos de hadas. Cuando enterraron a su marido, D. Crisanto, la viuda vistió a sus hijas de rojo y no de negro, desde entonces las llamaron «las hermanas coloradas».

Al día siguiente de enterrar a D. Crisanto alguien echó una bomba fétida en casa de doña Mónica y los chicos de la banda fueron severamente castigados sin tener culpa alguna; por eso, ahora, la viuda les iba a pagar todas juntas. Cuatro escopetas relucientes dirigían sus puntos de mira hacia la azotea en la que doña Mónica estaba tendiendo la ropa. Chema, escondido tras la caseta del ascensor, sostenía dos banderas, una roja y otra blanca. Cuando la viuda acabó de tender la ropa, Chema levantó la bandera blanca.

-Ya tenemos el campo libre -dijo Corsino-, tú primero, Berto...

Berto se encaró la escopeta. A lo lejos la oronda figura de Chema le indicaba el blanco elegido. Berto vio cómo flotaba grande y airoso, con las copas al viento, el sujetador negro de doña Mónica. Berto cerró un ojo, se mordió los labios y al apretar el gatillo tosió con fuerza para amortiguar el ruido del disparo. A continuación Chema se dirigió hacia el blanco y levantó la bandera roja.

-Has fallado, Berto -dijo Corsino.

-Es que está muy lejos...

-No me vengas con disculpas, fíjate...

Corsino se apoyó el arma en el hombro, encogió el estómago y ¡zas! el plomo voló certero hacia el sujetador de doña Mónica. Chema levantó la bandera blanca.

-Lo ves, Berto, yo he acertado, voy ganando por uno a cero...

Dispararon todos sin prisa, grabando en su memoria los aciertos y los fallos, según las indicaciones de Chema, hasta agotar las municiones. Enfundaron las escopetas y salieron ordenadamente a la calle, de uno en uno, a intervalos de cinco minutos. A esas horas algunas mujeres acudían a

la iglesia y ellos tenían que procurar no despertar sospechas. Corsino, para disimular, se acomodó en el último banco de la iglesia, dejó su escopeta en el suelo y juntó las manos en actitud respetuosa. Al salir se encontró casualmente con doña Mónica y se santiguó de una forma exagerada con la intención de que la viuda se fijase en él. Doña Mónica iba todos los días a la iglesia para sacar a su marido del purgatorio...

Una vez en la calle, corrieron todos hasta la tapia donde ya les esperaba Chema. El gato, encaramado en lo alto, se lamía la cola.

-Ahora debemos tener cuidado para que no nos vean juntos; cada uno que vaya a su casa por distinto sitio -les dijo Corsino.

Por la noche, Corsino soñó que D. Crisanto (al que recordaba esmirriado y con cara de mosquita muerta) se había convertido en un siniestro avechicho que revoloteaba desesperadamente para escaparse de las lúgubres mazmorras del purgatorio.

Lo que más le gustaba de doña Mónica eran sus tres hijas. De vez en cuando se encontraba con alguna de ellas en el ascensor, pero él agachaba la cabeza y sólo veía la punta de sus zapatos; quizá las rodillas, pero nada más porque se ponía colorado como ellas...

Las hijas de doña Mónica se parecían a su padre: lánguidas, calladas, las manos blancas, oliendo siempre a agua de colonia. Para él no había más chicas en el barrio que las tres hermanas coloradas.

Al llegar a casa vio mucha gente arremolinada en el portal, distinguiendo al punto la silueta del padre de Chema que ponía orden en un grupo de vociferantes mujeres. Corsino no podría llegar hasta la puerta del ascensor sin que las mujeres advirtieran su presencia...

-Mire Vd. señor guardia, mire lo que me han hecho -decía doña Mónica, que agitaba furiosa su agujereado sujetador-. ¿Quién me lo paga? ¡De Francia me lo trajo mi pobre Crisanto...!

-No se excite, doña Mónica -recomendaba sudoroso el padre de Chema.

-¡Un cuerno! Si no hace ahora mismo un registro de escopetas me voy a la comisaría... esto es un atropello a la intimidad...

-A lo mejor han sido los pájaros, doña Mónica -insinuó el padre de Chema.

-¡Ja! Porque están mis hijas delante, que si no... le iba yo a decir a Vd. cuatro cosas bien dichas...

Las tres hermanas coloradas, blandas como tres figuras de cera, temblaban en un rincón, las manos de porcelana, blancos los dientes, la cara blanca...

Corsino, agachándose hasta rozar el suelo, se mezcló entre las mujeres, intentando abrir el ascensor, con tan mala fortuna que tropezó con el Guardia...

-¡Eh, tú, perillán! ¡Ven aquí! ¡No te escapes!

Nunca se había encontrado con el padre de Chema cara a cara. Le parecía tener delante a su amigo vestido de uniforme.

-¿Qué pasa? -replicó- ¿es que no puedo subir a mi casa?

-¡Silencio! ¿Ves esto?

El padre de Chema sostenía el sujetador en alto con muchísimo cuidado, como si temiese que aquella cosa negra se pudiera convertir en un lagarto de cuatro colas y le mordiera en un ojo...

-Eso no es mío -dijo Corsino.

Las mujeres del portal, desaliñadas y con la bata de andar por casa,

rompieron a reír estrepitosamente. Las tres hermanas coloradas enseñaban con timidez sus blanquísimos dientes.

-No te hagas el gracioso y dime de dónde vienes, imbécil -replicó airado el agente de la autoridad.

Nadie podía avasallarle y menos el padre de Chema que era un guardia de chicha y nabo.

-Sólo hablaré en presencia de un abogado -le contestó.

Las mujeres del portal, que aún no habían terminado de reír, aplaudieron la ocurrencia de Corsino y las tres hermanas coloradas daban saltitos de alegría.

-¡Déjele en paz! -dijo doña Mónica-. El chico viene de la iglesia, que lo he visto yo, esto debe de ser cosa de algún sátiro... ¡ay, mi pobre Crisanto... si no se me hubiera muerto!

Corsino volvió a soñar con D. Crisanto y su mujer; doña Mónica cabalgaba al frente de un poderoso ejército, embutida en una gruesa coraza, blandiendo en su mano derecha una refulgente espada, en cuya punta, flameaba al viento el famoso sujetador de Francia.

Los chicos dejaron de actuar durante algún tiempo y doña Mónica no se decidió a presentar una denuncia, por si acaso se reían de ella en la comisaría.

El gran río bajaba por aquellos días algo turbio. Las lluvias de otoño no tardarían en llegar a Las Malvinas. Les gustaba esconderse debajo del puente, allí contaban historias de vampiros, hacían sus planes y jugaban a las cartas. A veces se quedaban absortos, escuchando en silencio el trepidante murmullo de las aguas.

-Mi padre dice que si caminas por la orilla sin dejarlo, llegas al mar -dijo Quique Sánchez.

-Y si echamos una botella a lo mejor llega hasta Las Malvinas de verdad -dijo el Bizco.

-Eso está muy lejos, además este río desemboca en el Mediterráneo -replicó Chema.

-¿Y qué, listo? -le contestó el Bizco.

-Pues que la botella tendría que cruzar el estrecho de Gibraltar, cabeza de chorlito...

-¿Y tú cómo lo sabes? -volvió a insistir el Bizco.

-Porque lo he estudiado... y cuando sea mayor seré periodista de los que corren el mundo y salen siempre en la tele.

-Estarás tan gordo que no cabrás en la pantalla -dijo Berto.

-Berto, giliberto, cabeza buque... te voy a dar una paliza...

El gordo Chema, que nunca le daba una paliza a nadie, salió corriendo detrás de Berto, las manos crispadas y la mirada mohína. Respiraba penosamente por la boca, dejando al aire sus colmillos de perro pachón.

La familia de Corsino, igual que todas las familias, se había gastado todos sus ahorros en comprar la casa en Las Malvinas. El padre de Corsino trabajaba en una serrería, le gustaba hablar de política y sabía muchas leyes. El chico se quedaba embobado cuando su padre le contaba lo mal que lo pasaron cuando terminó la guerra.

-El abuelo hizo la guerra con los de la República. Me acuerdo que una vez, cuando estaba en la cárcel, me llevó la abuela a verle y él se echó a llorar -decía su padre.

-¿Y por qué estuvo el abuelo en la cárcel? -preguntaba Corsino.

-Porque perdió la guerra...

-Pues también es mala suerte...

Le gustaban las historias de la guerra que hizo el abuelo, pero su padre llegaba muy tarde a casa y casi nunca tenía tiempo para contárselas. Le parecía increíble que el abuelo Corsino se aprendiera el Quijote de memoria durante los años que estuvo en la cárcel...

-Y si los rojos hubieran ganado la guerra, ¿qué le habría pasado al abuelo?

-Le habrían nombrado alcalde del pueblo -contestaba siempre su padre.

Le hubiera gustado ser nieto de un alcalde, pero el abuelo tuvo mala suerte, de nada le sirvió aprenderse el Quijote de memoria. Cuando salió de la cárcel era tan viejo que se murió a los pocos días, sentado en una silla a la puerta de su casa. También le gustaría organizar una guerrilla con los chicos de la banda. Chema, el Bizco y Quique Sánchez serían los azules, Berto y él los rojos, así podría tener a las tres hermanas coloradas como madrinas de guerra.

Aunque el tema del colegio estaba prohibido en sus conversaciones, llegó un tiempo en que no tuvieron más remedio que comentar las manías que se le metían al maestro D. Sebas en la cabeza, como la del concurso de fotografía para las Sociales. El equipo que consiguiera el primer premio sacaba un sobresaliente y un billete de cinco mil pesetas para gastarlas en una librería.

-A mí el dinero me trae sin cuidado, y además cinco mil pesetas es una miseria -decía Berto.

-A lo mejor es un farol y luego el maestro se raja -decía el Bizco.

-Don Sebas no se raja, mi padre dice que es todo un tío -dijo Corsino. Don Sebas estaba cansado de la vida y de enseñarle a los muchachos la tabla de multiplicar. Tenía ya muchos años y una reluciente calva que hacía la delicia de los chicos. El padre de Corsino y don Sebas eran amigos. Una tarde le invitaron a tomar café en casa...

-Ya sabe, don Sebas, si el chico se porta mal, usted, mano dura -dijo su padre.

-Es un buen muchacho -contestó don Sebas.

-De todos modos..., usted, como si fuera su padre.

Al despedirse le revolvió cariñosamente el pelo y le dio un par de caramelos porque era un buen maestro que en clase de Sociales les hablaba de la injusticia de los hombres y de lo bien que podría vivir la gente si todo el mundo fuera como Dios manda... y Corsino se imaginaba a Dios como un maestro dictando a los muchachos larguísimos párrafos de ortografía, pero el Dios que él se imaginaba no estaba calvo como don Sebas.

-A mí me gustan más las fotografías en brillo -dijo Quique Sánchez.

-Pues a mí en mate -dijo Chema.

-A Chema le gustan en mate, con turrón y chocolate -canturreó Berto.

-No empecéis, que la máquina es mía y os la quito -contestó Chema.

-Como estuviéramos solos te ibas a tragar la máquina, so gorderas...

-Te la has ganado, giliberto, caramona...

Chema resopló enfurecido, lanzando a Berto un par de manotazos con un bailoteo desacompañado. Los chicos les dejaron a sus anchas porque tenían ganas de que alguien le ajustara las cuentas al gordo de Chema, por creído

y picajoso...

-Se lo voy a decir a mi padre, Berto, y mi padre se lo dirá al comisario.

-Tu padre es un limpiacacas de perro y tú una ballena azul.

Corsino sostenía la máquina fotográfica de Chema, era preciosa... A él nunca le comprarían una igual... Los dos chicos se enzarzaron en una dura pelea. Berto cayó al suelo, Chema saltó sobre él y lo asió por el cuello apretándole el gáznate con una mano, mientras que con la otra le retorció fuertemente la nariz. De la boca de Berto salía una espumilla blanca y su cara comenzó a cambiar de color.

-No seas bestia, Chema, que le vas a ahogar -dijo Corsino.

Chema aflojó sus manos para que Berto tomase un poco de aire.

-Si no retiras lo que has dicho de mi padre, te aprieto más fuerte...

-¡Gorderas, ballena, foca, hipopót... !

Chema era capaz de dejar sin resuello a Berto; y Corsino dijo:

-A él muchachos...

Y mientras el resto de la banda se echó encima de Chema, él enfocó la cámara y ¡clic!, apretó el disparador sin que nadie se diera cuenta. Ya tenía la primera fotografía para las Sociales. Cuando terminó la pelea, Berto sangraba por una oreja y Chema se levantó sin un botón en la camisa, descosida la culera de los pantalones y llorando como un bebé grande, lo cual impresionó a Corsino, que nunca le había visto llorar...

-Como vuelvas a llamarle gordo a Chema, te echo de la banda para siempre, Berto, ya lo sabes...

Berto arrugó la frente, se metió las manos en los bolsillos y se alejó de ellos refunfuñando. Nunca perdonaría a Corsino por haberle dejado en ridículo delante de todos.

El gran río se ensanchaba en una de sus curvas, formando una pequeña playa, a la que los habitantes de Las Malvinas habían bautizado con el nombre de Benidorm. En aquellos días de otoño Benidorm ofrecía un aspecto desolador, las revueltas aguas del río habían depositado en la arena gran cantidad de desperdicios. Los chicos decidieron sacar una fotografía de la contaminación del medio ambiente. Un colchón destripado flotaba a la deriva.

-Con esta nos llevamos el premio -dijo el Bizco.

-Es muy sencilla -replicó Corsino- la puede hacer cualquiera. Hay que sacar una que no se le ocurra a nadie, una que pase a la historia de la banda...

La operación Sociales se fue completando con fotografías cada vez más pintorescas, sin que ninguna de ellas llegara a satisfacerles plenamente. Hasta que, por fin, Corsino les explicó un día que la superfoto debía estar en relación con los pobres de Las Malvinas, aunque el cura no quería ver a nadie pidiendo en la puerta de la iglesia porque no estaba pagada y era de la Caja de Ahorros. Por eso, ellos mismos tendrían que hacer de pobres.

-Necesitaremos una chica -les dijo Corsino.

-Ni hablar -interrumpió Berto- las chicas son unas lloronas...

-Mi hermana no llora nunca -dijo Chema.

-Es que las focas no lloran -dijo Berto con mala idea.

-Ahora mismo te hincho un ojo, Berto...

Después de sus padres, a quien más quería Chema en el mundo era a su

hermana María Paola, algo menor que él y esbelta como un manojo de juncos. No se le parecía en nada y todas las tardes se ganaba dos onzas de chocolate con almendra por hacerle a Chema la raíz cuadrada...

La hermana de Chema tenía la cabeza llena de números y unos cabellos rubios que daba gusto verlos.

-Tu hermana ¿sabrás guardar secretos? -le preguntó Corsino.

-Mi hermana hace lo que yo le diga; además, en todas las bandas tiene que haber una chica.

Al día siguiente, Quique Sánchez, el gordo Chema y su hermana María Paola rebuscaron en sus casas ropa vieja y se presentaron poco después debajo del puente para probarse los modelos que habían encontrado.

El chaquetón de Quique Sánchez era una vieja pelliza de su abuelo, los pantalones de Chema pertenecían a un uniforme de su padre y le faltaban los botones de la bragueta. María Paola lucía el vestido que su madre se ponía cuando blanqueaba el techo de la cocina.

-Esos pantalones te arrastran una barbaridad, José Mari...

María Paola nunca le llamaba Chema a su hermano, sino José Mari, porque Chema le sonaba a yema de huevo.

El domingo elegido, Quique Sánchez, Chema y su hermana María Paola acudieron a la puerta de la iglesia disfrazados de auténticos pordioseros. Quique Sánchez, descalzo, con el pelo revuelto y un brazo liado en una venda sucia. El gordo Chema, vestido tan sólo con una camiseta vieja que su madre utilizaba para limpiar el polvo y con los pantalones desbraguetados.

-Jo, Chema, se te va a escapar el pajarito -dijo Quique Sánchez.

Y a Chema se le escapó una risilla de gato. Con las mejillas rojas de vergüenza, esperan agrupados junto a la puerta que alguien les eche una moneda... Corsino tiene su máquina preparada... El Bizco y Berto se divierten alejados del grupo, haciendo muecas y riéndose de los tres adefesios...

Una anciana sube penosamente las escaleras apoyada en un bastón, al llegar junto a los chicos se santigua y pasa de largo...

-¡Será roñosa la vieja! -exclama Chema.

-Es que se nos olvidó el cartel de pobres -le contesta Quique Sánchez.

Se oye la segunda señal y un grupo de gente se acerca sin mucha prisa. María Paola extiende la mano, pero nadie se fija en ella. Corsino disimula con la cámara al hombro, como si fuera un turista, esperando el momento oportuno para conseguir la superfoto.

-Es que no se te ve bien el brazo tieso, Quique, no lo escondas -dice Chema.

-Sí que lo saco, es por tu hermana, que se ha pintado los labios y así no hay manera de que te echen algo...

-Tú no te metas con mi hermana, Quique...

La tercera señal. Algunos miran de reojo a los muchachos, pero pasan deprisa; sólo dos mujeres parecen interesarse por ellos...

-Mira, estos son nuevos...

-Es que hay padres que no tienen vergüenza.

-Si tuviera suelto les echaba algo, pero no llevo nada...

-Ni yo..., y ese gordito, ¡pobre criatura!, parece un Niño Jesús con la camisita rota...

A última hora llegan los rezagados. Corsino toma posiciones pero hay tanta gente que no va a poder sacar la fotografía. Quique Sánchez está estupendo con su brazo retorcido. A Chema se le pone carne de gallina. Justo enfrente aparece un competidor alto y demacrado, lleva unas botas enormes y les mira amenazadoramente como si fuera a ajusticiarlos con los ojos. En el interior de la iglesia han comenzado los rezos.

-¿Habéis visto a ese? -les dice Chema en voz baja.

-Te está mirando a ti -contesta Quique Sánchez-. A lo mejor le has caído simpático.

Ven aparecer a lo lejos a una señora con tres niñas. Ensayan su última oportunidad poniendo cara de hambre; mas cuando se acerca la señora desean que la tierra se abra y les trague de un bocado. Doña Mónica y las tres hermanas coloradas suben por la escalinata de la iglesia con la mirada clavada en los pobres niños muertos de hambre. La cara fofa de Chema se torna blanca. Al llegar a su altura, las tres hermanas coloradas se inclinan hacia los niños y les echan sendas monedas. Doña Mónica pasa de largo. Corsino, atento, dispara y ¡click!... la superfoto se esconde en la oscura retina de la cámara.

El frío es cada vez más intenso. Los chicos se levantan. Chema se coloca rápidamente el jersey, Quique Sánchez se arregla su brazo torcido y María Paola se limpia los labios... bajo la mirada del intruso de las botas enormes que no les ha quitado el ojo de encima en ningún momento.

Chema agarra de la mano a María Paola, pero al bajar las escaleras, el hombre alto les impide el paso con cara de malas pulgas.

-O me dais lo que habéis sacado o aviso a la Policía -les dice.

-La iglesia es de todos -contesta Chema.

-Y el puntapié que te voy a dar, gordinflón, también es de todos, pero te lo vas a quedar tú solo...

Corsino sale corriendo en busca del Bizco y de Berto.

-A mí no me pega ni mi padre -responde Chema.

Los chicos acuden rápidamente. La mano abierta del tipo de las botas se levanta en el aire y estampa una sonora bofetada en el rostro ancho de Chema, el cual se lanza como una fiera contra él, soltando patadas a diestro y siniestro. Se organiza una memorable batalla que termina con los chicos en la comisaría, lo que les quita la ilusión de sacar más fotografías por muy fantásticos que fueran los concursos organizados por don Sebas...

Poco después llegaron las Navidades y todas las mañanas los yermos contornos de Las Malvinas aparecían sembrados de escarcha. El gato negro, enhiesto sobre la tapia, desafiaba al invierno. Un crudo invierno para el padre de Chema que guardó reposo durante muchas semanas. Dicen que le dio un patatús al encontrar a su hijo Chema en la comisaría, descamisado y sin botones en la bragueta...

Si María Paola baja corriendo por las escaleras desde el último piso hasta el portal, al mismo tiempo que el ascensor, habrá superado la prueba. Si María Paola supera la prueba pertenecerá a la banda, si no... se marchará a casa para hacer raíces cuadradas al gordo Chema.

Don Régulo vive en el 4.º izquierda en el mismo edificio que Corsino. Don Régulo no saluda a nadie, siempre está serio y vive solo con su perra Pelusa. Una vez se quedó encerrado en el ascensor y chillaba como una

ardilla, nadie le hizo caso y la perra Pelusa se orinó dentro porque no podía aguantar.

María Paola se entrena todos los días bajando las escaleras de cuatro en cuatro porque quiere pertenecer a la banda.

María Paola sabe que a Corsino le gustan las hermanas coloradas y Corsino sabe que él le gusta a María Paola.

A Corsino no le importaría salir un día con la hermana del gordo Chema, sólo por salir.

Cuando María Paola sea mayor se pondrá gorda como su hermano. Lo más seguro es que no se case con María Paola ni con las hermanas coloradas y se quede soltero como don Sebas...

Corsino y Chema esperan en el portal. Berto bajará en el ascensor y el Bizco vigilará a María Paola para que no haga trampas. Quique Sánchez da la orden de salida. Toda la escalera huele a María Paola y se oye como un resonar de caballos escaleras abajo. Don Régulo sale de su casa y grita en la escalera, la perra Pelusa ladra y María Paola baja sin aliento los peldaños...

-Diez segundos, ocho décimas -exclama Quique Sánchez, cronómetro en mano. María Paola levanta los brazos, emocionada por la ilusión de pertenecer a la banda.

-¿Qué te creías, Corsi? -dice Chema-. Eso no lo hace nadie...

-Acepto el reto...

Nunca le habían visto tan serio. Corsino estuvo durante algunos días apartado de todos, entrenándose por la mañana temprano para que no le oyeran don Régulo y acostándose pronto. María Paola no podía quedar por encima de él porque él era el jefe.

-Además de bajar antes que el ascensor, cruzaré la calle y en la pared de enfrente escribiré CHEMA ES UN BOCAZAS, todo en diez segundos, me sobran las décimas... Si no lo hago así, os quedáis sin jefe, palabra. Ellos no podían comprender que Corsino se tomara tan en serio el reto de Chema, porque ellos no tenían madera de jefes; eran sólo unos gallinas y tenía que dejarles con la boca abierta. La escalera se convirtió en un hueco grande de silencio, sólo se oía la respiración firme de Corsino bajando los escalones.

Cuando llegó al portal apenas le vieron, salió a la calle con una tiza de color en la mano y ya se disponía a cruzar la calzada cuando oyeron los ladridos de la perra Pelusa.

Don Régulo soltó a Pelusa y gritó:

-¡Para! ¡Corsino!

A don Régulo, que nunca hablaba con los vecinos, se le crisparon las manos y volvió a gritar:

-¡No corras, Corsi!

A don Régulo, que era un bicho raro, se le hizo un nudo en la garganta y se tapó los ojos. La motocicleta venía a toda velocidad... No pudieron impedir el terrible choque, el negro abrazo de las ruedas... Don Régulo extendió sus brazos en el aire, dibujando en el vacío la señal de la Cruz... La perra Pelusa ladró sin fuerzas... La banda de Las Malvinas enmudeció de espanto... En medio de la calle quedaba inerte y roto el cuerpo de su jefe.

Durante muchas noches, Corsino tiene el mismo sueño: «Solo, sin cuerpo...

apenas una mancha blanca sin forma, una bocanada de niebla, una hoja seca». A veces le entran unas ganas enormes de saltar, y siente por dentro una gran comezón que le hurga las plantas de los pies y salta cada vez más alto hasta que logra elevarse del suelo y remontarse en el aire... Le gustaría ser un ángel para estar toda la vida jugando entre las nubes... Cuando vuela sobre Las Malvinas, los chicos les aludan desde la tapia grande del antiguo tejtar. Planea sobre el cerro de la Majestad, sube hasta el cerro del Socorro y abandona la ciudad.

El gran río apenas se divisa. A un lado las montañas, el abismo allá abajo... Siente un peso que le oprime la boca del estómago... Quiere bajarse de la cama y no hay suelo bajo sus pies... El vuelo se hace insoportable... Se mueve desesperadamente, agitando con fuerza sus alas de vapor de agua y siente como una punzada en la sien, como si alguien le desinflara por dentro, cae en picado en un campo sombrío cubierto de hojas húmedas y se hunde lentamente entre ellas. Una serpiente le trepa pecho arriba y le echa el aliento. Las hojas respiran y le susurran al oído palabras ininteligibles...

La enfermera le limpia la frente. Corsino siente que alguien le ha quitado la lengua y le ha puesto una cuerda de esparto dentro de la boca. La señorita Marga le vuelve a quitar el sudor frío de la frente. La señorita Marga huele a la colonia que su madre se pone cuando va al cine los sábados por la noche. A él le gustaría ser hijo de la señorita Marga porque la señorita Marga es cuarenta veces mejor que su madre y sus ojos son dos túneles de colores.

La señorita Marga le cuenta por la noche historias de sirenas voladoras y le acaricia suavemente las mejillas para que se duerma pronto. Las caricias de la señorita Marga son suaves... como el tazón con leche y cacao que tomaba en casa de la abuela Encarna. «¡Zape, micho!» -decía la abuela Encarna y le daba al gato un puntapié en el hocico, pero el ronco rugido de la motocicleta era mucho más fuerte que las caricias de la señorita Marga y se le metía punzante, enroscándose como una serpiente de plomo, barrenándole los oídos, escarbando por dentro de la frente... El hospital era para él como una pared sin límites... Los días y las noches... la negrura del tiempo, el abismo, el vacío, la sombra de la nada...

Tantos días perdidos en la cama, planeando aventuras que nunca se harán realidad, contando azulejos blancos en la triste habitación, esperando la llegada de la señorita Marga, matando el tiempo con la ilusión de salir algún día volando por la ventana y aterrizar sin paracaídas en la plaza mayor de Las Malvinas, delante de todos los vecinos.

Esperar, esperar... siempre esperar.

El doctor un día le dijo que saliera al jardín y, al levantarse, supo que le habían mentido durante todo el tiempo.

Si la señorita Marga hubiera estado con él le habría vestido con delicadeza e incluso la verdad no hubiera sido tan dolorosa, pero ella también le había mentido.

Intentó levantarse él solo. Incapaz de sostenerse en pie, cayó al suelo.

Un enfermero le acercó una silla de ruedas y el mundo se le echó encima, ya nada sería como antes...

El enfermero le dio una vuelta por el jardín, pero no vio nada. Nadie le

miraba, nadie parecía darse cuenta de que uno de sus pies se le había quedado más corto que el otro; sólo un poco, pero más corto.

Le cambiaron de habitación y ya nunca más volvió a ver a la señorita Marga. Se pasaba todo el día en el gimnasio; al principio a rastras, sin saber dónde colocar el pie. Más tarde se convenció de que nada estaba perdido, de que sería capaz de dar la vuelta al mundo aunque fuera a la pata coja, de que nadie tendría por qué tenerle lástima, nadie...

Una tarde, en el jardín le estaban esperando Chema y María Paola. Se alegró al encontrarlos y no le dio vergüenza que le vieran apoyado en un bastón. Chema había engordado un poco más y María Paola no parecía la misma chica que bajó meses atrás las escaleras a la velocidad del rayo, era simplemente... distinta. Otra María Paola.

-Recuerdos de toda la banda, Corsi -dijo el gordo Chema.

-Te encuentro más delgado, Chema, palabra.

Y Chema se puso tan contento, aunque de sobra sabía que su amigo sólo trataba de ser amable con él.

-Y a ti más guapa que nunca, María Paola.

Ella esbozó una breve sonrisa y le ofreció su brazo. Los tres dieron un largo paseo por el jardín del hospital. Hablaron de tantas cosas: el barrio, el colegio, la vuelta ciclista que acababa de comenzar, pero todo era tan diferente...

Volvieron a verle casi todos los días y nunca, nunca, hablaron del accidente. Un día se afeitó la pelusilla del bigote y se peinó hacia atrás como su padre.

El último día del hospital los chicos ofrecieron una fiesta en su honor. Fueron todos muy felices, pero él se acordaba de la señorita Marga y de que ya no podría casarse con las hermanas coloradas.

Cuando volvió a su casa, su habitación le pareció más pequeña. Se asomó a la terraza y vio cómo una motocicleta atravesaba la calle a toda velocidad. Se le pusieron los pelos de punta.

La ropa también se le había quedado pequeña. Toda la casa era una inmensa pared, un muro sin límites. Echaba de menos el jardín del hospital, le faltaba aire a todas horas.

En la calle todos le miraban. A veces se detenían a saludarle, luego volvían la cabeza y cuchicheaban a sus espaldas.

Una tarde subieron a verle doña Mónica y sus tres hijas. Las tres hermanas coloradas le parecieron tres ardillas con patitas de alambre. Sobre la mesa había una bandeja con pastas, pero las hermanas coloradas tenían prohibido comer pastas en las casas de los vecinos. Doña Mónica contó lo mala que se puso en el hospital cuando la operaron de un bulto en el «cucluscán»...

Después de marcharse, Corsino olió el respaldo donde las niñas se habían recostado y notó un ligero olor a bolas de alcanfor.

Un domingo, se fue al gran río con los chicos de la banda. El jefe era Berto, pero Berto no le llegaba a él ni a la suela de los zapatos. Pronto llegaría el verano y el río se poblaría de parejas de novios. El nunca tendría novia, estaba seguro; se lo oyó decir a doña Mónica, al terminar la visita, mientras la mayor de las hermanas coloradas cerraba la puerta delicadamente.

-¡Lástima que se haya quedado así tan raro! ¿Verdad, niñas?

Por la mirilla de la puerta vio cómo asentían a un tiempo las tres hermanas, inclinando afirmativamente la cabeza, sin atreverse a despegar sus labios de cerezas sin hueso.

Caminaron durante largo tiempo por la orilla del río, buscaban ranas para el laboratorio de don Emilio. Una vez vieron cómo don Emilio le abría la barriga a una rana en la mesa de operaciones. La rana tenía los ojos abiertos pero estaba muerta, como don Crisanto, que también se murió con los ojos abiertos delante del televisor, con la pipa colgándole entre los labios.

Corsino tenía miedo de pisar en falso y hacerse daño en el pie herido. María Paola, que iba delante llevando la bolsa de las ranas, volvió la cabeza y le esperó para darle la mano, pues se fatigaba mucho después del accidente.

-¿Cuántas ranas llevas? -le preguntó el muchacho.

-No sé, no me importa... ¿Te duele el pie?

Los dos se detuvieron. El gordo Chema corría como loco detrás de una rana.

-Sólo me duele cuando no estoy contigo...

María Paola dejó la bolsa en el suelo, se cogieron ambas manos y sus ojos se fundieron en una larga mirada...

-No quiero que Berto te dé órdenes -dijo Corsino con voz autoritaria.

El sol jugaba al escondite entre las copas de los árboles reflejando sus rayos en los cabellos de María Paola, que se inclinó sobre el pecho de Corsino. Mientras, la bolsa de las ranas comenzó a dar saltos y a perderse entre la hierba.

-He de recuperar la bolsa -dijo María Paola.

Corsino, que le acariciaba dulcemente los cabellos, dijo:

-No te preocupes, ya cogerán más.

-Berto me expulsará de la banda...

-¿Te importa mucho la banda?

-Ya no es como antes...

Marchó ella, dispuesta a recuperar las ranas fugitivas. Al verla marchar, Corsino sintió una extraña sensación de envidia, quizá fuera odio hacia Berto, que al darse cuenta del descuido de María Paola la regañó delante de todos.

Mientras los demás se alejaban persiguiendo a las ranas, él se recostó en el tronco de un árbol y encendió un cigarrillo. Su padre le había dicho que fumar era malo, pero él no se fiaba de su padre, que se fumaba un paquete de cigarrillos al día y manchaba los pañuelos de nicotina. Su madre se enfadaba y decía que se la llevaban los demonios, porque tenía que echarlos en lejía.

Las aguas del río bajaban agitadas, turbias, muy rápidas, como si tuvieran prisa en abrazarse con el mar. Le habían dicho que el mar era cien veces mayor que el gran río y él no comprendía que el mar fuera tan grande; sólo lo había visto en la televisión.

Apuró el cigarrillo y arrojó al agua la boquilla, que en un momento fue arrollada por el torbellino de las aguas. Al levantarse ya había decidido apartarse para siempre de la banda. Tenía que buscarse otros amigos.

Tampoco le importaba demasiado estar solo; de todas formas, la banda también se le había quedado pequeña.

El cielo empezaba a oscurecerse y los chicos aún no habían aparecido. Creyó escuchar la voz de María Paola, pero tan sólo se oía el murmullo de las aguas. Por un momento quedó semidormido y le pareció ver a las tres hermanas coloradas que caminaban por el centro del río, llevando sendas velas en sus manos y completamente calvas.

Poco después llegaron los chicos. Berto venía junto a María Paola, sujetando la bolsa de las ranas con las dos manos.

-Es muy tarde -dijo Corsino.

-¿No tendrás miedo? -le respondió Berto.

-Yo nunca tengo miedo, pero es muy tarde...

Desde que Berto se había convertido en jefe de la banda, su actitud hacia Corsino había cambiado mucho y procuraba herir sus sentimientos en cualquier ocasión, lo cual causaba cierto malestar en el resto de sus compañeros.

-Pues te podías haber marchado a casita sin nosotros; total, para la falta que nos haces...

María Paola bajó los ojos a lo más profundo de su alma y se vio inclinada sobre el pecho de Corsino.

-¿Es que tienes envidia porque te he quitado la novia? -continuó Berto.

-No es cierto, Corsino, no le hagas caso -contestó María Paola.

Berto cogió a la muchacha de la mano, le dio la bolsa de las ranas al Bizco y se acercó hasta Corsino con aire provocador.

-Si no te parece bien, aquí la tienes. Quítamela, si te atreves...

María Paola, cuyos brazos atenazaba fuertemente Berto, sollozó débilmente.

Los ojos de Corsino se poblaron de niebla y vio a don Crisanto que le sacaba la lengua, metido en una caldera de agua hirviendo. María Paola intentó zafarse, pero Berto, sonriendo maliciosamente, la obligó a ponerse de rodillas.

-¡Déjala, Berto! -exclamó Corsino.

-Tú ya no mandas... ¡lárgate!

El no había hecho daño a nadie, había sido un buen jefe, no hubo odio en su corazón para ninguno de ellos, ni siquiera para Berto, pero Berto era un mala sangre...

-¡He dicho que la sueltes!

-¡Anda ya! ¡Cojitranco! ¡Que te largues!

Corsino respiró hondamente y en el fondo de su alma tuvo lástima de Berto.

María Paola cesó de lloriquear y un hipo seco se le atravesó en la garganta.

-Deja a mi hermana en paz, Berto -dijo Chema-, se lo diré a mi padre...

-Tu padre es un calzón, gordo, gorderas...

Un sudor frío cubrió la frente de Chema y se le hincharon las venas del cuello.

-Te voy a romper la cara, Berto.

Y frotándose los nudillos con rabia, salió disparado, dirigiendo su pesado cuerpo como un obús para que Berto no insultara más a nadie con su cara de mico, con su lengua de pato.

Berto sintió una punzada en el estómago y soltó a María Paola. Ella se levantó del suelo dirigiéndose emocionada hacia Corsino, que la esperaba con los brazos abiertos...

Berto, como si las fuerzas del mal le hablaran al oído, giró ágilmente su

cuerpo, dejando a sus espaldas el ancho cauce del gran río y esbozando una maléfica sonrisa toreó traidoramente a Chema, como si Chema fuese un toro grande y fofo.

Chema, flotando en el vacío, con los puños todavía cerrados de rabia, vio que el gran río le abría sus brazos de agua verde y los chicos se asomaron muertos de miedo a las aguas enfurecidas, viendo cómo Chema agitaba sus torpes manos en el aire pidiendo socorro...

-¡Que me he caído al agua! -gritaba desesperado.

Corrieron por la orilla, río abajo, siguiendo estupefactos a su compañero que luchaba inútilmente por mantenerse a flote... Se miraban unos a otros sin saber qué hacer, porque ninguno de ellos tenía la suficiente fuerza para salvar al gordo Chema.

Berto, sin comprender aún lo que estaba pasando, les dijo:

-Yo no he sido... yo no tengo la culpa... se ha caído él solo...

Y se perdió entre las sombras con una sonrisa torva entre los labios. El Bizco y Quique Sánchez acercaron una larga rama hasta la orilla del río.

-Aguanta, Chema, aguanta fuerte, te salvaremos...

Vieron sus ojos grandes de sapo gordo... espantados y suplicantes...

María Paola miró a Corsino.

-¿Sabes nadar? Mi hermano se está ahogando...

Sabía nadar... Las aguas del gran río le habían cautivado desde que llegó a Las Malvinas. A veces, pasaba mucho tiempo sentado en la orilla, echando piedrecitas, intentando imaginar cómo sería el gran río por dentro. Sabía cómo coger al gordo Chema por el cogote y subirlo hasta la orilla, pero él ya no era el jefe...

-¿Qué hacemos Corsino? -le preguntaron Quique Sánchez y el Bizco- la rama se ha roto y Chema se hunde cada vez más...

Los médicos le habían dicho que nunca más podría bañarse en el río, que no era bueno para su pie enfermo; pero los médicos no conocían a Chema ni a su hermana María Paola, ni tampoco habían pertenecido a la banda de Las Malvinas...

Y se tiró de cabeza. Sintió en su cuerpo el beso frío de las aguas...

Chema oyó como un ensordecedor croar de ranas y perdió el sentido...

Corsino extendió su brazo alrededor de la nuca de su amigo, el agua fría le quemaba la piel... quizá los médicos tuvieran razón. Acercó despacio a Chema hasta la orilla y pidió ayuda a los demás para izarlo hasta la ribera. Vio a Berto escondido tras un árbol, con los ojos medio fuera... desorbitados... cubiertos de vergüenza.

-¡Corred al barrio y avisad a su padre! ¡Que traiga una ambulancia!

María Paola y Corsino se quedaron junto a Chema, que tendido en la hierba parecía un odre gigantesco. Había perdido los zapatos. Los dedos de los pies le recordaron a Corsino gomas de borrar de las que huelen a almendras amargas.

-Tiene la barriga hinchada -dijo María Paola-, se va a morir...

En efecto, se le había hinchado la barriga, pero no se podía morir. Tenía que hacerse mayor y ser periodista de los que salen en la tele.

-Aunque se muera te doy las gracias -continuó ella-; si no es por ti se lo hubieran comido los peces...

Seguramente los peces se habrían asustado al ver su cuerpo de ballena azul, su voluminosa barriga...

La ambulancia parecía un platillo volante. Dos enfermeros cogieron a Chema y se lo llevaron en una camilla. Habían llegado ya los padres de todos los chicos.

El padre de Berto se acercó a Corsino.

-¿Y mi hijo? ¿No estaba con vosotros?

El padre de Berto tenía el pelo ensortijado, los ojos fríos, pequeños, con una mirada penetrante como dos navajas bien afiladas. Nunca le había visto tan de cerca, podría haberle dicho la verdad... que Berto era un mal bicho; sin embargo, guardó silencio y se encogió de hombros.

-No sé... yo no sé nada.

Berto seguía escondido, sin atreverse a salir de su escondite. Nunca más volvería a jugar con ellos, nunca más, y la gente le señalaría con el dedo como si tuviese un cuerno en medio de la frente.

Cuando los padres de Chema visitaron a los de Corsino para darles las gracias, Chema había echado ya fuera todos los sapos que se tragó en el río.

María Paola, sentada en el sofá, las manos en las rodillas, miraba con disimulo las pastas que había sobre la mesa. El padre de Chema lucía en su uniforme la medalla que le concedió el gobernador por limpiarle la caca de perro.

María Paola extendió la mano y cogió una galleta con sus finísimos dedos. Corsino se alegró porque no era como las hermanas coloradas que nunca tomaban galletas en casas de extraños; y cuando se marcharon, el sofá no olía a bolas de alcanfor ni tampoco a las tres hermanas coloradas. El sofá olía solamente a María Paola.

Berto ya no se atrevió nunca a salir solo por la calle. A veces, le veían pasar, al lado de sus padres y, si por casualidad, se cruzaban en su camino, agachaba la cabeza.

El Bizco y Quique Sánchez se hicieron amigos de los chicos del barrio de El Chocolate, la nueva urbanización que construyeron al lado de Las Malvinas.

María Paola y Corsino paseaban juntos todas las tardes. La tapia del antiguo tejtar, el gato y las orillas del gran río... Siempre el mismo recorrido. A veces, Chema les seguía de lejos; ellos lo sabían, pero no le daban importancia.

-Si cierras los ojos, te enseño una cosa -le dijo una tarde Corsino.

El río aparecía calmado, el agua de un color verde y suave discurría despacio, saboreando metro a metro las riberas pobladas por altísimos chopos. María Paola cerró los ojos. Sus párpados temblaban nerviosos arriba y abajo. Nunca le había regalado nada un chico porque era la hermana del gordo Chema. Los rayos del sol jugaban con sus cabellos...

María Paola no vio nada entre las manos de Corsino, que sonriente le señaló el tronco de un sauce de corteza blanca. Ella siempre le había querido, aunque es verdad que tenía celos de las tres hermanas coloradas. Ahora todo sería distinto. Sobre la corteza del sauce estaba grabado su regalo, sólo cuatro palabras:

MARÍA PAOLA TE QUIERO

Volvió a cerrar los ojos. Corsino le cogió una mano y le dio un beso en la frente. También era la primera vez que un chico la besaba. El gordo Chema apareció de repente llevando en la mano una tableta entera de chocolate.

-Si no me dais cada uno cien pesetas diarias, me chivo -les dijo.
-Si te chivas, no te haré más la raíz cuadrada, José Mari -contestó María Paola.
-Me da lo mismo; para ser periodista no me hace falta la raíz cuadrada.
Luego, terminó de comerse el chocolate y se marchó a buscar ranas para vendérselas a don Emilio; poco después, comenzó a caer una lluvia mansa y tierna que jugaba a columpiarse en los cabellos de María Paola.
Aquella noche el sauce de corteza blanca mostró sus cuatro palabras a todos los sauces del río y nadie supo jamás que don Régulo echaba bombas fétidas en casa de sus vecinos...

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

